

Estudio adicional

PROFETAS, ADIVINOS, SUEÑOS Y VISIONES

El don de profecía en el pueblo de Dios en el tiempo del fin

por Mark Finley

Dios todavía habla a través de sus profetas.

A través de poderosos radiotelescopios, los científicos de diferentes partes del mundo pueden captar los sonidos más allá de la estratosfera. Esperan que algún día puedan escuchar posiblemente un mensaje procedente de seres inteligentes en algún otro mundo.

Hay evidencia de un mensaje que ha sido enviado a este planeta hace ya miles de años, pero muy pocos lo están escuchando. Es un mensaje del Creador de este planeta. Un mensaje de amor, de parte de un Dios que desea ganar para sí nuevamente a sus hijos rebeldes.

No siempre ha existido esta separación entre Dios y la raza humana. Todo era hermoso al inicio de este planeta tierra. Era un mundo hermoso para dos personas perfectas creadas a la imagen de Dios. Y en ese hogar jardín, Dios venía, caminaba a su lado y les hablaba cara a cara. ¡Imagínalos caminando juntos en la frescura de la tarde! Esa es la forma como Dios lo planificó: Una hermosa relación de unión. No había nada que los separara. Deben de haber pasado momentos muy felices. Pero tristemente, esta relación de amor y unidad dura solamente a través de dos capítulos de la Biblia.

Se rebelaron contra la ley de Dios de perfecto amor. El pecado los separó. El pecado y Dios son incompatibles. Adán y Eva no tenían ya compañerismo y comunicación directa con Dios. Escucharon a la serpiente Lucifer y la obedecieron en vez de obedecer a Dios. Y eso es pecado. El profeta Isaías escribió: “Vuestras iniquidades son las que hacen separación entre vosotros y vuestro Dios” (Isaías 59:2).

Dios estableció otra forma de comunicación con sus hijos de este planeta. Una forma de guiar, instruir y revelar sus planes. Eligió a hombres y mujeres en los que podía confiar para que hablaran en nombre de él y le comunicaran su amor y sus planes a la humanidad. Entre esas personas elegidas se encuentran Moisés, Miriam, Samuel, Elías, Hulda, Débora, Isaías, Jeremías, Juan el Bautista y muchos más. Los profetas y profetisas eran los voceros de Dios. Era la forma como Dios decía: “Te amo. Me preocupo por ti y tengo un plan para ayudarte”.

Veamos cómo recibieron los profetas esos mensajes: “Porque jamás fue traída la profecía por voluntad humana; al contrario, los hombres hablaron de parte de Dios siendo inspirados por el Espíritu Santo” (2 Pedro 1:21).

Algunas veces Dios le revelaba su voluntad a los profetas y profetisas a través de visiones, otras veces a través de sueños y muchas veces a través de su Palabra. Pero siempre a través del Espíritu Santo. Algunas veces se les pidió a los mensajeros de Dios que hablaran en nombre de

él; otras veces tenían que escribir o registrar un mensaje de él. De hecho, la Biblia es el producto del ministerio de los profetas. Cada autor era parte del plan de Dios.

Entonces vino Jesús a demostrar personalmente por palabras y actos cómo era realmente Dios. Nunca antes había sido testigo el mundo de un comunicador tan elocuente del amor y el interés de Dios por sus hijos. Han pasado veinte siglos desde el Calvario y todavía hombres, mujeres y niños se arrodillan al pie de la cruz y prometen lealtad y devoción al Salvador del mundo. Dice la Biblia que cuando Jesús retornó al cielo, dio dones a los hombres. Eran dones que iban a fortalecer y animar a sus seguidores:

“A unos puso Dios en la iglesia, primero apóstoles, en segundo lugar profetas...” (1 Corintios 12:28).

Pero seguramente dirás: “¿Qué sucedió con el don de profecía después de que Cristo regresó al cielo y todos sus discípulos murieron?”. No pasaron muchas generaciones antes de que la iglesia comenzara a volverse descuidada, comprometida con otros intereses e infiel a Dios y su ley. Jeremías registra lo que pasó cuando Israel apostató en cierta época: “...¡Ya no hay ley! Tampoco sus profetas han encontrado visión de parte de Jehová” (Lamentaciones 2:9). Cuando la iglesia adoptó ritos y prácticas paganos e hizo a un lado las verdades fundamentales de la Biblia, se fueron retirando uno por uno los dones espirituales.

Durante el tiempo de la apostasía de la iglesia, llamada también época del oscurantismo religioso, las Biblias eran atadas a los púlpitos de los monasterios. En general estaban escritas en hebreo, griego y latín. Se le prohibía a las personas comunes que poseyeran o leyeran las Escrituras. Sólo a los sacerdotes se les permitía leer e interpretar la Biblia. Unos cuantos cristianos fieles se aferraron a la Biblia y a sus verdades. A pesar de la persecución llevaron adelante el trabajo misionero y daban a otros porciones de las Escrituras que poseían. Plantaron la semilla de la Reforma mucho antes que Wiclef, Lutero y Hus. Martín Lutero y otros tradujeron la Biblia al idioma común del pueblo. Vino la persecución, pero eso solamente causó un deseo aun mayor de la Palabra de Dios. Y la gente comenzó a escudriñar diligentemente las Escrituras y fueron descubiertas las viejas verdades escondidas por siglos. Se trajeron esas verdades a la atención de la gente y el resultado fue un gran despertar religioso.

Por ese tiempo vino a la existencia un nuevo movimiento religioso compuesto por un grupo de dedicados cristianos, algunos de ellos bautistas, otros metodistas, algunos presbiterianos y otros que escudriñaban las Escrituras y oraban en busca de luz. Al estudiar la Biblia encontraron en el cuarto mandamiento de Dios el gran monumento recordativo de su creación; un día que Dios le pidió a su pueblo que “recordara”. Leyeron el libro de Apocalipsis y vieron la descripción del pueblo de Dios de los últimos días: “¡Aquí está la perseverancia de los santos, quienes guardan los mandamientos de Dios y la fe de Jesús!” (Apocalipsis 14:12). Al estudiar y leer otros textos, recibieron la impresión de que guardar los mandamientos de Dios incluía también guardar el sábado bíblico. Aceptaron este monumento recordativo de la creación y proclamaron la verdad del sábado al mundo.

¿Y el don de profecía? ¿Iría Dios a levantar el don especial de profecía entre este pueblo del tiempo del fin que observaba los mandamientos? ¿Tiene Dios algo especial para este tiempo?

¿No sería razonable concluir que Dios iba a tener algo especial para decirle a esta generación?
¿Desea Dios mantenerse en contacto con nosotros, los que vivimos hoy? Escucha lo siguiente:
“Sucederá después de esto que derramaré mi Espíritu sobre todo mortal. Vuestros hijos y vuestras hijas profetizarán. Vuestros ancianos tendrán sueños; y vuestros jóvenes, visiones ...antes que venga el día de Jehová, grande y temible” (Joel 2:28, 31). Note usted que Dios dijo que esto iba a suceder justamente antes del "día grande y terrible del Señor"; en otras palabras, justamente antes de la segunda venida de Jesús. !!El pueblo de Dios debe tener el don de profecía en su medio durante las últimas horas de la historia de este mundo.

Ya hemos descubierto que el pueblo de Dios en los últimos días será caracterizado como “quienes guardan los mandamientos de Dios y tienen el testimonio de Jesucristo” (Apocalipsis 12:17). Se nos dice que “el testimonio de Jesús es el espíritu de la profecía” (Apocalipsis 19:10). En otras palabras, el testimonio de Jesús es la testificación de Jesús a través del don profético. De acuerdo con Apocalipsis, la iglesia que permanece como un canal de comunicación de Dios en los últimos días presenta la característica de guardar todos los mandamientos de Dios y ser bendecida con el don de profecía. Sí, Dios todavía desea “estar en contacto”. Tiene todavía algo que decirle a esta generación.

Pero, dirá usted. “¿Hay alguna posibilidad de engaño? ¿Cómo podemos saber la diferencia entre un profeta genuino de Dios y un falso profeta?” Siempre ha existido la posibilidad de engaño. A través de la historia ha habido profetas verdaderos y falsos. No tenemos que preocuparnos de los falsos si sabemos reconocer a los genuinos. La Biblia señala características específicas que identifican a un profeta verdadero.

1. El mensaje de un profeta verdadero estará en completa armonía con la Palabra de Dios y su ley. “¡A la ley y al testimonio! Si ellos no hablan de acuerdo con esta palabra, es que no les ha amanecido” (Isaías 8:20).

2. Las predicciones de un verdadero profeta deben cumplirse siempre. “...cuando su palabra se cumpla, se reconocerá que a tal profeta verdaderamente le ha enviado Jehová” (Jeremías 28:9).

3. Un profeta verdadero profetiza para edificación de la iglesia. Una de las razones por las que Dios ha dado el don de profecía es para la edificación de su iglesia. “...mientras que el que profetiza edifica a la iglesia” (1 Corintios 14:4). Si vamos a descubrir el verdadero don tenemos que descubrir la verdadera iglesia. Las dos cosas están unidas.

4. Un profeta verdadero va a exaltar a Cristo como el Hijo de Dios y Salvador de la humanidad. “...Todo espíritu que confiesa que Jesucristo ha venido en carne procede de Dios” (1 Juan 4:2).

5. “Por sus frutos los conoceréis...” (Mateo 7:16). Basándonos en estos textos, es obvio que no todos lo que profesan ser profetas de Dios lo son realmente. El mensaje de un profeta verdadero, además de su vida y acciones, debe apoyar y fortalecer los mensajes proféticos de la Biblia y las instrucciones y mandamientos de Dios en su Santa Palabra. Por lo tanto, aplica estas pruebas a

cualquiera que asegure estar hablando en nombre de Dios. Si las cumple, ¡gracias a Dios! Si no las cumple, presta atención a la advertencia de Dios de “probarlos” y “tener cuidado con ellos”.

Esta es la historia de cómo Dios eligió “mantenerse en contacto” con su pueblo. Hubo una época en que se dieron a conocer al mundo las verdades que habían estado escondidas durante siglos. Fue en el siglo diecinueve, durante el gran despertar religioso. Había un tremendo interés en el estudio de la Biblia y la oración. Eran de especial interés las profecías de Daniel y Apocalipsis. Los fieles estudiosos de la Biblia estudiaban esas profecías y eventualmente llegaron a la conclusión de que Jesús vendría en su tiempo.

Al continuar estudiando fijaron la fecha del 22 de octubre de 1844. Pasó el 22 de octubre y el glorioso retorno de Jesús no tuvo lugar. Fue un chasco muy amargo que provocó el ridículo, muchas burlas y malentendidos. Más tarde, después de mucha oración y más estudio de la Biblia, el grupo descubrió que la fecha estaba correcta, era el acontecimiento que debía ocurrir el que estaba mal calculado. Ellos pensaban que el “santuario” mencionado en Daniel 8:14 era la tierra, pero se equivocaban. En vez de que la tierra fuera entonces limpiada por fuego, iba a ser limpiado el santuario en el cielo. Esto implicaba la vindicación final del carácter de Dios y su gobierno.

El chasco parecía insoportable. Pero un Dios amante nunca va a abandonar al que busca sinceramente la verdad y no abandonó a esos creyentes en tal momento de crisis. Deseaba que supieran que él se preocupaba por ellos, que los amaba y deseaba ayudarlos. Así que en el momento más crucial Dios eligió restaurar el don de profecía entre su pueblo. Es una historia fascinante desde el mismo principio. Dios eligió a una frágil jovencita de 17 años y le dio una visión del triunfo de la causa de Dios. Elena Harmon recibió su primera visión muy pronto después del gran chasco, en diciembre de 1844. Se le mostró al pueblo que esperaba el advenimiento, viajando por un camino que se elevaba hasta el cielo y una luz brillante iluminaba el sendero.

Esta joven, que llegó a ser la Sra. Elena G. White al contraer matrimonio con el pionero adventista Jaime White, fue fiel a su llamado. Durante más de 70 años habló, escribió, enseñó y aconsejó en nombre de Dios. Aun cuando la esfera de su ministerio y experiencia es sorprendente, su labor más importante, según sus propias palabras, fue: “Guiar a los hombres y mujeres a la luz mayor”: la Biblia.

Con apenas tercer grado de escuela primaria, a ninguna mujer se le han publicado tantos materiales religiosos como a Elena G. White, a través de libros, artículos en revistas, folletos, panfletos y cartas personales. Durante su vida entregó al pueblo de Dios sus mensajes de consejo y amonestación recibidos de Dios. Sus escritos incluyen consejos sobre la vida cristiana victoriosa, dieta, salud, cuidados prenatales, drogas, hogar y matrimonio, enseñanza infantil, educación, y mucho, mucho más. Muchos de sus escritos tienen ya 100 años y han sido validados por descubrimientos científicos modernos. La han citado maestros, médicos, comentaristas de noticias y otras personas de autoridad en muchas de estas áreas.

En 1864 escribió Elena G. White: “El tabaco es un veneno de la clase más engañosa y maligna”. Sin embargo, no fue hasta 1957 que la Sociedad Americana contra el Cáncer y la Asociación

Americana del Corazón concluyeron que el fumar causaba cáncer del pulmón. En su época, seguramente la cuestionaron los expertos en el área, porque en ese tiempo se creía que el tabaco y el humo de cigarro eran una cura efectiva contra las enfermedades de los pulmones.

En 1905, Elena G. White escribió que había “gérmenes” cancerosos. Dijo: “Continuamente sucede que la gente come carne llena de gérmenes de tuberculosis y cáncer”.-- Ministerio de Curación, p. 313. Por supuesto, actualmente se usaría en forma más precisa la palabra virus. Noventa y tres años más tarde, la revista Newsweek publicó una historia titulada “Los virus son factores activadores del cáncer”.

En 1902, Elena G. White advirtió que San Francisco y Oakland iban a ser visitados por el Señor porque se estaban volviendo como Sodoma y Gomorra (Manuscrito 1902, p. 114).

El 18 de abril de 1906, a las 5:12 de la mañana, ocurrió el gran terremoto de San Francisco. Se cumplió la profecía. La destrucción predicha ocurrió exactamente como se anunció.

Elena G. White y su esposo Jaime White trabajaron juntos dando a conocer la luz que Dios les dio. Sus triunfos y devoción se dan a conocer en muchos de sus escritos. A través de su vida Elena G. White fue una cristiana consagrada, una incansable sierva de Dios y una madre devota. Fue amada por su esposo, su familia y miles de personas en todo el mundo.

La vida y obra de Elena G. White terminó el 16 de julio de 1915. Tenía más de 87 años de edad. Fue sepultada al lado de su esposo en el cementerio de Oak Hill, en Battle Creek, Michigan, Estados Unidos. Unas semanas después de su muerte, un periódico publicó esta declaración:

“Nunca manifestó orgullo espiritual y no buscó ganancias lucrativas. Vivió la vida e hizo la labor de una digna profetisa, la más admirable de la sucesión americana”.--The New York Independent, 23 de agosto de 1915.

Su legado al mundo es un regalo de amor, un mensaje a la tierra desde otra parte del universo, por parte de un Dios de amor que todavía desea “estar en contacto” con sus hijos aquí, hasta que Cristo venga. Entonces la "luz menor" palidecerá cuando estemos nuevamente en la gloriosa luz de su presencia y veamos a Dios cara a cara en toda su gloria, gozando de su compañerismo.

Hace muchos años, en los vastos desiertos de Botswana, Sudáfrica, vivía un bosquimán primitivo llamado Sukuba. Sukuba vivía una vida aislada como miembro de una tribu nómada. Una noche de invierno entró a su refugio y se dispuso a dormir. De pronto la noche se volvió tan brillante como el día. Un ser brillante se le apareció y le dijo que encontrara a la gente del “Libro”. Sukuba viajó durante varios días con su familia en busca del libro. Llegó por fin a la choza de unos agricultores bantúes y les preguntó si conocían a la gente del Libro. Este aborigen se asombró de escuchar a este bosquimán hablando de alguna manera su idioma bantú. Inmediatamente lo llevó con su pastor. El pastor estaba muy conmovido por la historia de Sukuba. Y le dijo: “Terminó el viaje” Sukuba estaba muy feliz. Pero esa noche se le apareció de nuevo el “ser brillante”. Le dijo que esas no eran las personas que estaba buscando. Debía encontrar “la iglesia que guardaba el sábado y al pastor Moye”. El Pastor Moye iba a tener un Libro y también “cuatro libros marrones que eran realmente nueve”. Al día siguiente Sukuba oró

pidiendo una señal. Necesitaba alguna dirección para seguir su viaje. Cuando lo hizo, una nube apareció en el cielo. Sukuba la siguió durante siete días. La nube desapareció tras cierto poblado. Allí Sukuba preguntó por el pastor Moye y pronto le indicaron dónde vivía. Después de que Sukuba contó su historia en el dialecto local, el pastor Moye trajo su gastada Biblia. “¡Esa es!”, exclamó Sukuba. “¡Esa es! Pero, ¿dónde están los cuatro libros que son realmente nueve?” Bien, sucedió que Elena G. White, había escrito años atrás nueve tomos de instrucción a la iglesia de Dios llamados Testimonios para la Iglesia. Más tarde esos nueve tomos habían sido vueltos a publicar en cuatro tomos. La búsqueda de Sukuba había terminado. Había encontrado a la gente del Libro. Había encontrado a la gente que guardaba el sábado, una gente bendecida con el don profético. Eventualmente él y su familia aceptaron a Cristo y fueron bautizados. Sukuba se convirtió en misionero para su propia gente. Dios está obrando hoy en forma maravillosa para guiar a hombres y mujeres a su iglesia verdadera. El hecho de que estés escuchando esta historia no es por accidente. De la misma manera que Sukuba, estás siendo guiado. Dios te está guiando a su verdad. Dios te está dando el valor de enfrentar el futuro. Tal vez has estado buscando la verdad durante años. Creo que tu búsqueda ha terminado. Has sido guiado divinamente a este lugar. También puede exclamar como Sukuba: “¡Ésta es!” “¡Esta es la iglesia de Dios!” ¿No desearías unirte a aquellos que guardan los mandamientos de Dios y tienen el testimonio de Jesús? ¿No desearías unirte al pueblo de Dios de los últimos días? Considera este compromiso seriamente. Podría ser la decisión más importante de tu vida.